

GERARDO TREVIÑO

VIAJE
AL
PULMÓN
DEL
MUNDO



VIAJE AL PULMÓN DEL MUNDO

Viva

Este libro narra sucesos reales. En diciembre del 2018, un grupo de voluntarios decide emprender una expedición hacia el interior de la selva amazónica. Siete millones de kilómetros cuadrados llenos de misterios, secretos y leyendas. Con no más que una pluma y su libreta, el autor busca el significado de la existencia, vislumbrando el escalofriante destino de un pueblo cuyos sueños únicamente serán leídos en estas hojas.

En este diario se redacta la crónica juliovermiana que promete el hallazgo de uno de los tesoros más grandes del milenio. Encuéntralo, resuelve el acertijo y sigue la aventura en este *Viaje al Pulmón del Mundo* #VPM.

«Esta obra es el testimonio de un joven mexicano que se aventura a conocer no solo otro país, sino otra realidad social, un universo legendario como es la selva amazónica brasileña. De una forma amena y sobre todo sencilla, Gerardo Treviño nos muestra los grandes contrastes comunes a las sociedades de América Latina, evidenciando lo distante que se ha tornado la vida humana en las grandes ciudades de la de los pueblos originarios que habitan las regiones más alejadas de la civilización y que aún mantienen un vínculo muy estrecho con la naturaleza».

José Ignacio Piña Rojas
Embajador de México en Brasil

«Gerardo Treviño viaja de muy joven al Amazonas, un lugar en donde la naturaleza vibrante y la gente van modificando su visión del mundo. Ser joven y viajar sigue siendo el lugar del autodescubrimiento, transformarse en eso que seremos en la vida, el sitio de los sueños y la aventura. Sigamos este diario de campo de Gerardo, donde Brasil se nos va metiendo dentro como la lluvia de su selva tropical».

María de Alva Levy
Novelista mexicana



GERARDO TREVIÑO

VIAJE
AL
PULMÓN
DEL
MUNDO



MADRID | CIUDAD DE MÉXICO | LONDRES
NUEVA YORK | BUENOS AIRES
BOGOTÁ | SHANGHÁI | NUEVA DELHI

Un especial agradecimiento
a mis padres y hermanas. A la asociación
Travelers With Cause por su inmensa labor,
a Roberta, Adrián, Jimena, Raúl, Rafa, Tere
y Mariana por acompañarme en el lodo y en las
estrellas; a doña María, don Poro, doña Valda,
Eriadne, Emiliano, Yslla Kawane, Sandriane,
«Piraña», «Escorpión», la propia Valquiria...
pues sin ellos, el viaje carecería de sentido.



**ESTE LIBRO ES
PARA LOS PASADOS,
PRESENTES Y
FUTUROS VIAJEROS**

ÍNDICE

PORTADA

CONTRAPORTADA

AGRADECIMIENTOS

VIAJE AL PULMÓN DEL MUNDO

PÁGINA LEGAL

AUTOR

PUBLICIDAD LID EDITORIAL



Inscritos en mi memoria se ubican recuerdos de infancia: océanos de incuantificable información sobre civilizaciones antiguas, guerras mundiales, leyendas, dioses de antaño y excursiones pioneras impulsadas por la valentía y el arrojo. Eran las noches húmedas, relampagueantes y sin sueño en que mi padre solía recostarse en mi cama y tomaba libros del antiguo Egipto para leerme páginas enteras.

Con su voz cálida suavizaba mi inquietud narrando sucesos prehistóricos; transportándome a los veleros del Mar Rojo, al norte del desierto oriental, mientras miraba por binóculos el valle del Nilo y el oasis de Farafra. Volaba hacia los sepulcros monumentales de los reyes egipcios, las estatuas gemelas de Lúxor, la gran bestia Esfinge amarillada, rodeada de arenas interminables.

Las cavernas alumbradas con fogatas, repletas de sombras danzantes, tintas enmarcadas y leyendas antiguas alertaban una parte de mi cerebro que ansiaba encontrar tesoros sepultados en criptas antiquísimas y escuchar de nuevo tantas lenguas extintas que murieron con las civilizaciones que les dieron origen.

Desde aquellas noches lluviosas en las que flotaba sobre majestuosas pirámides, supe que el mundo era una creación incomprensible. Reconocí el esfuerzo de los esclavos que ofrendaban su vida por pan y agua a merced de los rayos violentos del sol, agobiados por la transportación de bloques gigantes de piedra. Me interesé por la fe ciega, motivadora e impetuosa de las mentes de civiles reprimidos por el reinado en turno. En mí se materializó —valga la paradoja— un espíritu aventurero que me impulsaba a descifrar los secretos de la Tierra, las creaciones de los humanos que, por su enorme esfuerzo, nos continúan sorprendiendo.

Este libro narrará mi primer intento de emular a los antiguos excursionistas que ponían en peligro sus vidas por hallar los misterios del universo. Aquellos viajeros auténticos que se transportaban en cuerpo y alma a las ubicaciones más riesgosas del planeta para descubrir algunos jirones del pasado, antes ocultos, sobre una repisa con polvo y telarañas. Aquellos valientes viajeros que caminaban con no más que agua, una brújula, un mapa, una antorcha y la fe esperanzadora de poder revelar el secreto de las sombras agazapadas en las cavernas, debajo de construcciones colosales.

Aun cuando se afirma que ya todo se ha descubierto, que ya no hay nada más por hacer, dentro de mí sé que existen millones de secretos por revelar e historias que contar. Cada humano alumbra un universo dentro de sí, cada uno es un cronista a punto de darse a conocer, un juglar que a la menor provocación se abandonará al canto, a disgusto con el silencio. Para el humano el olvido es mortal.

A pesar de habitar en un mundo tecnológico con rascacielos erigidos sobre hierro y cemento, se debe recordar que antes estas tierras desérticas eran labradas por otras almas: eran

el hogar de pueblos deseosos de una recompensa en el más allá, virtuosos por necesidad y nómadas por destino.

Pueblos errantes que caminaban juntos para alcanzar la libertad. ■



**VER
CONTENIDO
MULTIMEDIA**

6 de septiembre de 2008

Las lluvias septembrinas del año bisiesto azotaban la ciudad regiomontana: parteras de estruendosos relámpagos que levantaban a cualquier ser vivo circundante. Tendido bocarriba, miraba pensativo el techo de mi recámara adornado con estrellas fosforescentes que brillaban en la oscuridad.

Inquieto por el clima y por las historias que había contado mi padre antes de abandonar el cuarto, imaginaba qué sería de mí si hubiera nacido en el periodo clásico (500 - 336 a. C.) en la antigua Grecia, donde al cumplir siete años los niños eran enviados a campamentos militares para convertirse en guerreros invencibles al servicio del pueblo. Me preguntaba qué hubiera sacrificado para alabar a los dioses griegos, domiciliados en la cima de la Acrópolis atenea. Me parecía absurdo el sacrificio de una vida para alimentar el fuego de una guerra, para incitar la conquista de territorios que no pertenecían a los invasores.

Me parecía absurdo que la gente arriesgara su vida por un trozo de pan, por un botín de oro y perlas o por un día de paz con su familia. Me enfurecía saber que muchos reinados esclavizaban a los ciudadanos para crear esculturas ególatras de sí mismos; la gente pasaba hambre, sed y calor por una persona que no los representaba. Fue hasta 508 a. C. que se introdujo la democracia en Atenas, sin embargo, el pueblo aún seguía sometido por tradiciones insensatas e insalubres.

Desde la comodidad de mi recámara, imaginaba las condiciones incómodas a las que se enfrentaron mis antepasados y decía para mí: qué debo hacer para que esto no vuelva a ocurrir. Un pequeño humano de poco

conocimiento que aún tenía mucho que explorar sobre la Tierra.

Conforme pasaron los años me eduqué de distintas maneras para solucionar hipotéticamente los conflictos que atormentaron a los ciudadanos de antiguas civilizaciones. Guerras, hambrunas y desacuerdos que no son ajenos a la actualidad; si acaso han disminuido en alcance territorial y duración, jamás cesaron.

Interesado por salvaguardar la vida de todos los humanos, me informé sobre las crisis que acechan al mundo del siglo XXI: disputas entre países por territorios mal administrados, como el conflicto israelí-palestino; desacuerdos diplomáticos entre hegemonías globales; caídas económicas de sociedades emergentes, como las distantes Rusia, Argentina, Sudáfrica y Turquía, además de otras problemáticas que siguen presentes.

Pero en este macroanálisis escarbé hasta llegar, a lo que considero, el origen de todo. El núcleo, la raíz o el nacimiento del conflicto es la falta de educación. Podrá parecer un argumento sobrexplotado o inclusive una propuesta ya muy recurrente, pero jamás se le debe restar importancia a la adquisición de conocimiento. Creo firmemente que el conocimiento del pasado, de los valores humanos y de los derechos son los cimientos para el fortalecimiento de una nación.

Nunca me había interesado por el servicio a la comunidad, pero me propuse a mí mismo encontrar el rumbo que señalaba la brújula. Rumbo que me encaminaría posteriormente a hallar una misión en esta vida.

Tras largas horas de reflexión continua noté que la herramienta más valiosa para enmendar al mundo es la historia. Recordar la lucha de la humanidad a través de grandes civilizaciones que en algún punto se derrumbaron por la guerra. Recordar pueblos unidos que fueron explotados por regímenes despóticos y reyes que valoraban más la riqueza acumulada que la propia existencia. Conmemorar a humanos cuyos derechos fueron violentados por tradición o supervivencia. Al recordar, estaría consciente sobre lo actual y lo futuro para solucionar y enmendar. Con la historia y una brújula para comprender el ahora, lo único restante era encaminarme hacia mi misión: dedicarme a servir a todo nómada que, junto a mí, camina hacia la libertad. ▣



8 de diciembre de 2018

Desde la tranquilidad del hogar llamábamos a los animales con lámparas. Buscábamos la respuesta en la provocación de dos focos de luz parpadeantes. «Escorpión» trajo consigo una linterna mientras explicaba en vocablos ajenos que iríamos por *jacarés* en la oscuridad. Caminamos alertas a los sonidos de la jungla y nos trepamos sobre el vehículo acuático que sería manejado por un hombre descalzo, armado solo con un remo y una lanza.

En medio de un río burbujeante de vida desconocida, debajo de un sinfín de estrellas, pensaba en el riesgo que conllevaría esto. Una canoa que crujía bajo nuestro peso, y solo remos para guiarnos por la profundidad del pantano. Interpretábamos en carne propia la exposición a estos animales que en algunas películas se presentan como antagonistas voraces, capaces de tragarte el cuerpo entero sin tomarse la molestia de masticar. Los temibles cocodrilos nos esperaban en las entrañas del río Arari. Sostenía mi teléfono celular como lámpara encendida con el fin de observar lo que se escondía debajo de las aguas turbias del río, pero el intento fue en vano: el curso ocultaba cualquier bestia que nadara por la corriente amazónica. Tal vez esperaba ansioso por una falla en la selección natural darwiniana...

Mi corazón comienza a palpar e intento desviar el hecho de que una caída al agua en este momento llamaría la atención de pirañas con eficaz dentadura. En cambio, enfoco la mirada en el cielo: un cielo real, sin obstrucción química, abundante de constelaciones, trazadas por un camino de estrellas resplandecientes. Las miro y me sonrían. Y la paz se manifiesta, puedo respirar al fin. Me concentro en sobrevivir e ideo estrategias de escape... solo en caso de algún ataque.

«Escorpión» rema hacia aquellos focos parpadeantes que, confundidos con luciérnagas, revelan la presencia de sujetos majestuosos de colores miméticos con la vegetación. En silencio se detiene la canoa y nuestro valiente guía espera por alguna señal de movimiento. El agua salpica entonces y mi cuerpo se congela por completo a pesar del calor húmedo, casi sofocante, del Amazonas.

Se para en la punta de la canoa y echa el tridente al agua con una velocidad animal. «Escorpión» ha atrapado un *jacaré*. Aterrorizado, me deslizo hacia atrás, levantando mis botas de combate. Nuestro valeroso amigo se ríe y comprendemos que no hay nada que temer. Pone al cocodrilo sobre la canoa y nos muestra la vida salvaje del río Arari.

De pronto la madera del bote se torna rojiza. 🐊